

CATEQUESIS PARROQUIAL (25 de octubre 2017)

**Descubriendo quién soy yo
desde la mirada amorosa de Dios**

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento
o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo,
allí te encuentro;

si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.

Si digo:
«Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias,
porque me has escogido
portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma,
no desconocías mis huesos.

Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo
en lo profundo de la tierra,
tus ojos veían mis acciones,
se escribían todas en tu libro;
calculados estaban mis días
antes que llegase el primero.

Qué incomparables
encuentro tus designios,
Dios mío, ¡qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos,
son más que arena;
si los doy por terminados,
aún me quedas tú...

(Salmo 138, 1-18)



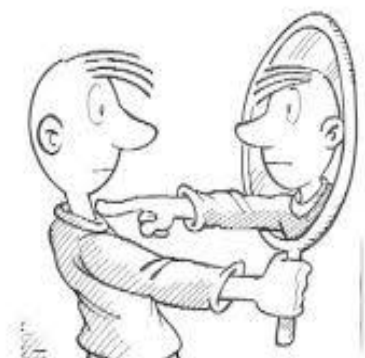
**¿QUIÉN SOY YO?
SOY
LA
OBRA MAESTRA
DE DIOS**

Responder a una pregunta fundamental: ¿QUIÉN SOY YO?

Cuando los antiguos griegos se acercaban al oráculo de la ciudad de Delfos para hacer una consulta sobre algún asunto importante, lo primero que se encontraban a la entrada del santuario era la siguiente frase: CONÓCETE A TI MISMO. De alguna manera, cualquier respuesta que recibieran del oráculo no sería más importante que el resolver quién es uno mismo.

Las personas llevamos escrito un deseo muy profundo de **conocer la verdad**: sobre Dios, sobre la vida y sobre nuestra propia identidad. Ahí tenemos la teología, la filosofía, la ciencia, la psicología... Saber qué siento, qué es lo que quiero, saber de mi pasado y de mi historia, mi entorno, explicar mis emociones, conocer mis capacidades... Conocer la verdad parece que nos hace crecer en la libertad de sentirnos dueños de la propia vida, en saber elegir lo que realmente quiero y dar los pasos necesarios para alcanzarlo. En muchas ocasiones, la falta de paz interior es la consecuencia de no saber, no entenderse a sí mismo y no ser capaz de poner nombre a lo que pasa dentro de mí. Por algo dice el Maestro: **la verdad os hará libres** (Jn 8,31).

A la vez, responder a la pregunta “¿quién soy yo?” no se puede hacer de cualquier manera; necesitamos un espejo. Igual que nos pasa para reconocernos en nuestro físico, que buscamos un espejo donde mirarnos, también eso sucede para entrar en nuestro mundo interior. Ese espejo es **entrar en relación con la vida, con las circunstancias, con las personas... El contacto es lo que provoca que se exprese el corazón en sentimientos y emociones** que me hacen descubrir qué pasa realmente en mí. Quien vive aislado no puede conocerse, siempre tendrá una visión muy parcial de sí mismo.



Un ejemplo. La típica persona que no se relaciona y te dice: “yo soy muy pacífico, no tengo problemas con nadie, vivo feliz sin hacer daño a nadie. Gracias a Dios ni discuto, ni hablo mal, ni nada de nada.” ¡Pues claro! Nada de nada porque no hay nadie. Eso no es ser pacífico y buena persona. Eso es vivir encerrado en uno mismo.

En esta catequesis vamos a mirar **al espejo que nos define: JESUCRISTO**. Es un espejo nítido y limpio, porque **nos ama y sólo el amor es digno de fe** (Hans Urs von Balthasar).

Una historia muy real

Había un pintor muy famoso, conocido mundialmente por sus obras de arte. Expertos y no tan expertos, le seguían con interés por la viveza y el contenido un tanto enigmático de sus cuadros. Algunos admiradores le llegaban a considerar el mejor pintor de la historia llamándole “el arte en persona”. Se multiplicaban las exposiciones y las conferencias que tenía que ofrecer en los 5 continentes.

Fue justamente en una de esas exposiciones cuando un periodista le hizo la siguiente pregunta: “Maestro, de todas sus obras ¿cuál es la que más le gusta? ¿con cuál se siente más identificado? ¿cuál la calificaría de valor incalculable?”

El pintor, esbozando una sonrisa respondió: “Esa pregunta es muy fácil de contestar”.

Girando la cabeza hacia un lado llamó a un niño pequeño, de unos cuatro o cinco años de edad y le tomó en brazos. Entonces dijo:

“Me has preguntado sobre la obra que más me gusta, con la que me siento más identificado y que tiene un valor incalculable.... Y poniendo su mirada en el niño afirmó: Este es mi hijo. Te presento mi obra maestra”.

Es fácil en esta historia comprender el paralelismo entre Dios y nosotros. Son muchas las cosas maravillosas que Él ha hecho. Admiramos la belleza de la creación: la naturaleza, una puesta de sol, las estrellas en la noche cerrada. Pero ninguna es comparable a ti. Quizá sea el momento para que te descubras como la obra maestra de Dios. Y... ¿por qué? Porque nada más y nada menos que eres su hijo, su imagen y semejanza, nacido de sus entrañas, de valor incalculable.

El centro de todo: Hijos en el HIJO

Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya... (Ef 1,5)

No esperes encontrar en el espejo de Dios descubrir tu valor por cualidades o méritos. **Nuestra dignidad no está en lo que hacemos sino en lo que somos.** No nos podemos jugar nuestra autoestima a las capacidades que tenemos, que hoy están pero mañana no. Tampoco a nuestras obras buenas, porque cuando nos equivocamos, corremos el riesgo de dar puerta abierta a la tristeza y la desolación. El Señor sabe esto. La Sagrada Escritura no oculta la debilidad y la fragilidad del ser humano, creado del “barro de la tierra”. La autoestima no se sostiene fundamentalmente sobre aquello en lo que podemos destacar sino en la identidad de ser hijos de Dios y en lo que el Padre ha sido capaz de hacer por nosotros. San Pablo lo explica en el párrafo anterior de la carta a los Efesios: **Dios nos ha unido a su Hijo amado para hacernos participar del mismo amor que le tiene a Él.** Para ello, como recordamos en el Pregón de la noche de Pascua: *por salvar al esclavo entregaste al Hijo.*

Cuando caemos que el **Amor de Dios no es de broma** sino de verdad, expresado a fuerza de la entrega total de Cristo, nos abrimos a una nueva manera de sentirnos respecto a nosotros mismos. Después de esto no podemos encontrar razones para minusvalorarnos y no apreciar el regalo precioso de la vida. “¿Cuánto valgo?” “¿Para qué valgo?” Tu valor es la vida de Cristo.

Soy único e irrepetible

Lo propio de la identidad del hijo es sentirse único para sus padres, aunque tenga más hermanos. De hecho, cada ser humano, es único e irrepetible, y a la vez necesita reconocerse así.

En el espejo del amor de Dios nos vemos cada uno de nosotros como alguien insustituible para el Padre. Repito: **insustituible tal como eres.** Con otro cuerpo, con otra historia, ya no serías tú mismo. Dios no te cambia por nada ni por nadie.

Experimentar esto nos lleva a amar profundamente nuestra vida, con lo bueno y también con lo que es más doloroso o menos deslumbrante, porque todo eso explica **quién soy yo y sin todo eso yo no sería el hijo que aquí y ahora el Padre ama.**

Esto no significa pintar todo “de color de rosa” porque humanamente hay cosas que de forma natural nos generan rechazo. Sin embargo, **el amor de Dios sana.**

Un ejemplo nos puede ayudar a entender esto:

A una buena mujer Dios le concedió tener una voz maravillosa. Nunca se dedicó exclusivamente a la música pero le gustaba cantar y participó en varios coros. Siendo todavía joven, fue notando cómo la voz le fallaba y esto le causó un profundo dolor. Una enfermedad había afectado las cuerdas vocales. Al principio, pretendía disimular las deficiencias que iba teniendo hasta que finalmente la directora de la coral, hablando con ella, le pidió que se retirara. Y... ¿ahora qué? Una noche, entre lágrimas y un poco de enfado, le pidió al Señor recuperar su voz espléndida y su oración fue escuchada. Dentro de su corazón sintió que Dios le decía: “yo te quiero como eres y no me hace falta tu voz para quererte. Aprende a aceptarte en mi amor”. Al principio, la mujer quedó un poco contrariada, pero, después de varias noches sin poder conciliar bien el sueño, esa misma noche durmió. Se quedó en paz y la mañana siguiente notó una nueva alegría en su corazón porque había dejado de dar tanta importancia al problema de su voz.

Aceptar no significa resignarse. Pero cuando la realidad se impone no podemos vivir amargados y en la nostalgia o la permanente comparación con los demás. Eso nos hace más daño todavía. Necesitamos acudir a nuestro Padre para que en todo lo que no nos gusta de nosotros mismos y nos genera rechazo Él nos recuerde **nuestro valor fundamental**. La palabra de San Pablo es consoladora: *para los que aman a Dios todo les sirve para el bien* (Rom 8,28).

“Si yo tuviera, si yo fuera, si yo consiguiera, si yo hiciera, si yo....si yo.....” Vuelve hoy dentro de ti. Eres único. Eres única. Pide al Espíritu Santo que te haga descubrirte así, insustituible, y sentirás en tu interior la paz, la alegría y la libertad de los hijos de Dios.

Carismas y cualidades

Sin duda que el Padre te ha bendecido con carismas (dones gratuitos del Espíritu) y cualidades. Él te los dará a conocer, **pero no para que pongas en ellos tu valor sino para que reconozcas cómo su amor da fruto en las cosas buenas que hay en ti y puedas ofrecerlos a los demás.**

A veces pensamos que es soberbia el descubrir estos dones que llevamos dentro de nosotros y no es verdad. Si los cuestionamos estamos cuestionando al Dios que con tanto cariño los ha sembrado en nosotros.

Es propio del Espíritu Santo darlos a conocer. Por eso, pídele que venga en tu ayuda y no tengas miedo de descubrirte en tus características positivas, con las que el Padre bendice a los que te rodean. **Eres hijo pero tienes hermanos.** La alegría del corazón crece cuando puedo ofrecer y regalar, compartir, de aquellas cosas con las que Dios me ha enriquecido y las puedo poner a disposición del resto. Así te alegras tú y también los demás, o tú con ellos. Ojalá que, cuando te pones en oración, no sólo te dediques a ver debilidades y pecados, sino también a agradecer los carismas y cualidades que te permiten amar más y mejor y te **asemejan a Jesús.**

ORAR BENDICIENDO Y ALABANDO AL SEÑOR

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.*

*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.*

*El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.*

*Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre*



